



CAPÍTULO XII

El levantamiento del 31 de mayo y del 2 de junio

UNA vez más, como en el 10 de agosto, el pueblo preparó por sí mismo la insurrección en sus secciones. Danton, Robespierre y Marat celebraban frecuentes consultas aquellos días, pero la acción vino aún de los «desconocidos», que constituyeron un club insurreccional en el Obispado, y allí nombraron, con el fin de activar la agitación revolucionaria, una Comisión «de los Seis».

Las secciones tomaron parte activa en los preparativos. Ya en marzo, la sección de las Cuatro Naciones se declaró en insurrección y autorizó a su comité de vigilancia a lanzar órdenes de prisión contra los ciudadanos sospechosos por sus opiniones contrarrevolucionarias; y otras secciones (Mauconseil, Poissonnière) pidieron resueltamente la prisión de los diputados «brissotinos». El mes siguiente, en los días

8 y 9 de abril, después de la traición de Dumouriez, las secciones de Bonconseil y de la Halle-aux-Blés exigieron el proceso de los cómplices del general, y el día 15, treinta y cinco secciones lanzaban una lista de los veintidós miembros de la Gironda cuya expulsión de la Convención exigían.

También trataron las secciones de federarse para la acción, aparte del Consejo del Municipio, y el 2 de abril, la sección de Gravilliers, siempre en la avanzada, tomó la iniciativa de la creación de un «Comité Central». Ese comité obró de una manera intermitente, pero se reconstituyó a la aproximación del peligro (el 5 de mayo), y el 29 tomó a su cargo la dirección del movimiento. La influencia del club de los Jacobinos fué secundaria en este punto; el club admitía que el Centro de acción estaba en las secciones. (Véase Aulard, *Jacobins*, t. V, p. 209.)

El 26 de mayo se agolpó la multitud ante la Convención; la invadió, y el pueblo, entrado en la sala, apoyado por las tribunas, pidió la supresión de la Comisión de los Doce. La Convención resistía, pero al fin, a media noche, rendida por el cansancio, cedió, y la Comisión fué anulada.

Esa concesión, no obstante, fué momentánea, porque al día siguiente, el 27, aprovechando la ausencia de gran número de montañeses enviados en misión, los girondinos, apoyados por la Llanura, restablecieron la Comisión de los Doce, y así fracasó la insurrección.

La falta de acuerdo entre los revolucionarios había paralizado el movimiento. Una parte de las secciones, inspirada por los «rabiosos», quería la adopción de una medida que aterrorizaba a los contrarrevolucionarios: se trataba de sublevar el pueblo, matar los principales girondinos y los aristócratas de París.

Pero ese plan era rechazado por muchos. La representación nacional era un depósito confiado al pueblo de París, y no se podía faltar a la confianza de Francia. Danton, Robespierre y Marat se opusieron resueltamente. El Consejo del Municipio, el alcalde Pache y el Consejo del departamento lo rechazaron también; las sociedades populares tampoco le dieron su apoyo.

Además era preciso contar con la burguesía, numerosa ya en

aquella época en París, que con sus batallones de guardias nacionales hubieran dominado la insurrección si se hubiera tratado de la defensa de sus propiedades. Con la idea de garantirla, Hassenfratz, aunque mostrándose enemigo de los ricos, trató de impedir que la insurrección fuera acompañada de pillaje. — «Hay sesenta mil hombres domiciliados, decía en el club de los Jacobinos, armados y en estado de



BIANCO Y AZUL,

rechazar a los ladrones. Es evidente que hay *imposibilidad absoluta* de atentar contra las propiedades, y todos los miembros de esta sociedad hemos de comprometernos a morir antes de permitir el ataque a las propiedades ».

El mismo juramento se prestó en la noche del 31 en el Municipio, y hasta en el Obispado por los «rabiosos». Lo mismo hicieron las secciones.

Una nueva clase de propietarios burgueses se constituía, en efecto,

en aquella época — esa clase cuyo número aumentó tanto en el curso del siglo XIX —, y los revolucionarios se vieron obligados a contemporizar con ella para no tenerla en su contra.

La víspera de una insurrección no se sabe nunca si la masa popular se levantará o no. Esta vez se temía que los elementos extremos llegasen hasta matar los girondinos en la Convención y que París quedara comprometido ante los departamentos. Pasáronse tres días



MEDALLA REALISTA

en negociaciones, hasta que se convino en que la insurrección sería dirigida por el conjunto de los elementos revolucionarios: el Consejo del Municipio, el Consejo del Departamento y el Consejo general revolucionario del Obispado; que no se cometería violencia alguna sobre las personas, y que se respetarían las propiedades. Todo se limitaría a una *insurrección moral*, a una presión sobre la Convención a

la que se obligaría a entregar los diputados culpables al tribunal revolucionario.

Tal fué la consigna que Marat, saliendo de la Convención, desarrolló la noche del 30 en el Obispado y después en el Ayuntamiento. A media noche, dícese que él mismo, contraviniendo a la ley que castigaba con pena de muerte a quien tocara a rebato, inició el movimiento desde la torre del Hotel de Ville.

Comenzada la insurrección, unos delegados del Obispado, como se hizo el 10 de agosto, destituyeron el alcalde y el Consejo del Municipio; pero en vez de secuestrar el alcalde y nombrar otro Consejo, reinviestieron uno y otro, después de haberles hecho prestar juramento de unirse a la insurrección. Lo mismo hicieron con el Consejo del departamento, y aquella misma noche los revolucionarios del Obispado, el Departamento y el Municipio se unieron en un «Consejo

general revolucionario», que tomó la dirección del movimiento.

Este Consejo nombró al comandante de uno de los batallones (el de la sección de los Descamisados), Hanriot, comandante general de la Guardia Nacional. El rebato sonaba, el toque de generala se batía en París.

Lo admirable de aquella insurrección era su indecisión. Aun después que el cañón de alarma, situado en el Puente Nuevo, comenzó sus disparos a la una de la tarde, los seccionarios armados se hallaban en las calles, al parecer, sin ningún plan fijo. Dos batallones fieles a los girondinos acudieron los primeros y se situaron frente a las Tullerías. Hanriot, con los cuarenta y ocho cañones de las secciones, cercaba la Asamblea.



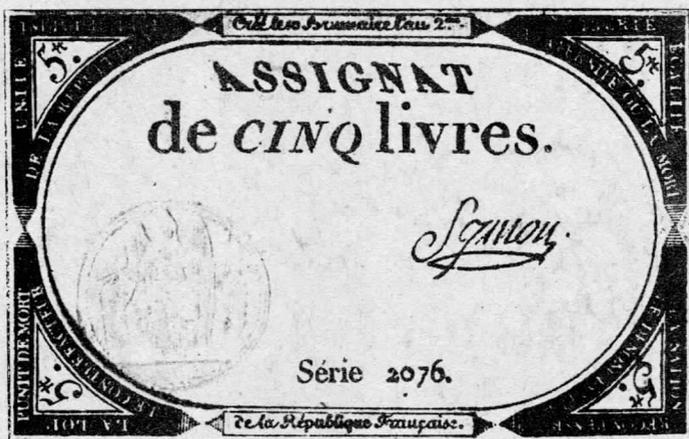
ROBESPIERRE

(Retrato por Lacauchle)

Pasaban las horas sin hacer nada. Todo París alarmado, pero la masa del pueblo no ejercía presión sobre la Convención. El girondino Vergniaud, viendo que la insurrección no se desarrollaba, y probablemente esperando debilitar la hostilidad contra la Gironda, hizo votar que las secciones habían merecido bien de la patria. La jornada parecía perdida, cuando nuevas masas populares llegaron por la noche e invadieron la sala de la Convención. Entonces los montañeses sintieron reforzados, y Robespierre pidió, no sólo la supresión de la Comisión de los Doce y el proceso de sus miembros, sino también el proceso de los principales jefes girondinos, denominados los veintidós, y que no formaban parte de los Doce.

Sin embargo, aquella proposición no fué discutida. Todo lo que

la Convención se atrevió a hacer fué anular nuevamente la Comisión de los Doce, y hacer que sus papeles se entregaran al Comité de Salud pública para que por su examen hiciera un dictamen en el plazo de tres días. Además la Convención aprobó un decreto del Municipio, disponiendo que a los obreros que quedaban sobre las armas hasta el restablecimiento de la tranquilidad pública, se les pagaran a cuarenta sueldos diarios; para cuyo pago el Municipio levantó un impuesto sobre los ricos para pagar inmediatamente tres días de insurrección.



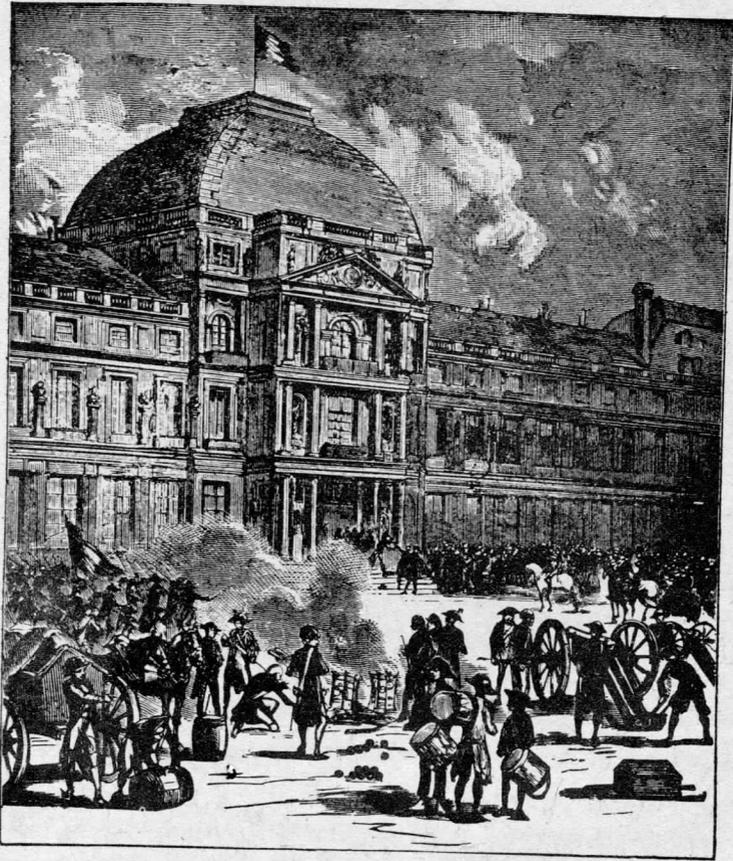
UN ASIGNADO

Se acordó también que las tribunas de la Convención se abrirían al pueblo sin la presentación de billete.

Todo eso era muy poco. La Gironda persistía, continuaba teniendo mayoría; la insurrección había fracasado. Pero entonces, el pueblo de París, comprendiendo que no se había hecho nada, preparó un nuevo movimiento para el día siguiente, 2 de junio.

El Comité revolucionario, formado en el seno del Consejo general del Municipio, dió orden de prisión contra Roland y su mujer (hallándose él ausente, ella sola fué presa), y pidió resueltamente a la Convención la prisión de veintisiete de sus miembros pertenecientes al partido girondino. Por la noche se tocó otra vez a rebato y el cañón de alarma repitió sus cañonazos.

Aquel día todo París se alzó para acabar de una vez. Más de cien mil hombres armados se agolparon alrededor de la Convención; disponían de 163 piezas de artillería, y pedían, o que los girondinos diesen su dimisión, o que veintidós de ellos — después se elevó ese número a veintisiete — fuesen expulsados por la Convención



EPISODIO REVOLUCIONARIO

Las horribles noticias llegadas de Lyon reforzaron la insurrección popular: se supo que el 29 de mayo se levantó el pueblo hambriento de Lyon; pero los contrarrevolucionarios, los realistas, apoyados por los girondinos, dominaron el movimiento y restablecieron el orden con la matanza de ¡ochocientos patriotas!

La noticia era desgraciadamente cierta, y la participación de los girondinos en la contrarrevolución de Lyon era demasiado evidente. El furor popular fué terrible y produjo el término definitivo de la Gironda. El pueblo que sitiaba la Convención declaró que no dejaría salir a nadie hasta que se declarara la exclusión de los principales girondinos.

La Convención — a lo menos la Derecha, la Llanura y una parte de la Montaña —, declarando que sus deliberaciones no eran libres.



TROPAS FRANCESAS EN PRESENCIA DE LOS AUSTRIACOS

trató de salir, esperando imponerse al pueblo y abrirse paso a través de la multitud; pero Hanriot, desenvainando el sable, dió la famosa orden: *¡Artilleros al cañón!*

Después de tres días de resistencia, la Convención cedió, votando la exclusión de treinta y uno de sus miembros girondinos.

A este propósito una diputación del pueblo entregó a la Convención la siguiente carta:

«El pueblo entero del departamento de París nos envía hacia vosotros, ciudadanos legisladores, para deciros que el decreto que acabáis de dictar es la salvación de la República; venimos a ofreceros constituirnos en rehenes en número igual al de aquellos cuya prisión ha

ordenado la Asamblea para responder de su seguridad ante sus departamentos. »

Marat pronunció el 3 de junio en los Jacobinos una alocución en que resumía el sentido del movimiento que acababa de realizarse y proclamaba el derecho al bienestar para todos.



EL TENIENTE BONAPARTE ASISTE A UNA SESIÓN DE LA CONVENCION

«Hemos dado un gran impulso, decía, refiriéndose a la exclusión de los treinta y un diputados girondinos. A la Convención corresponde asegurar las bases del bienestar público. Nada más fácil: haced vuestra profesión de fe: *queremos que todos los ciudadanos calificados de descamisados gocen del bienestar y de la felicidad.* Queremos que esa clase útil sea ayudada por los ricos en proporción de sus facultades. No queremos violar las propiedades. *¿Pero qué propiedad hay más sagrada que la de la existencia? Queremos que se respete la propiedad..*

«Queremos que todos los hombres que no tienen 100.000 libras de propiedad se sientan interesados en conservar nuestra obra. Dejaremos gritar a los que tienen más de 100.000 libras de renta (evidentemente, *de propiedad...*) Diremos a esos hombres: convenid en que somos los más, y si no contribuís a dar a la rueda con nosotros, os



THÉROIGNE DE MÉRICOURT

echaremos de la República, os despojaremos de vuestras propiedades y nos las repartiremos entre los descamisados.»

Y añadía esta otra idea que no había de tardar en ser ejecutada:

«Jacobinos, tengo una verdad que comunicaros: no conocéis a vuestros más mortales enemigos: *son los curas constitucionales; ellos son los que más gritan entre los campesinos contra los anarquistas,*

los desorganizadores, el dantonismo, el robespierrismo y el jacobinismo... ¡Desechad de una vez los errores populares! ¡Cortad las raíces de la superstición! ¡Decid resueltamente que los curas son vuestros enemigos! » (1).

En aquel momento no quería París la muerte de los diputados



RETRATO DE UN ARISTÓCRATA

(Por Gros, pintor de la época revolucionaria)

girondinos; a lo más quería que cedieran el puesto a los convencionales revolucionarios para que éstos pudieran continuar la Revolución. Los diputados detenidos no fueron enviados a la Abadía; quedaron arrestados en sus casas; continuaron cobrando los diez y ocho francos señalados a cada miembro de la Convención, y pudieron circular por París, acompañados de un gendarme con el cargo de alimentarle.

(1) Aulard, *Jacobins*, t. V, p. 227

Si aquellos diputados, obedeciendo a los principios de civismo antiguo, de que hacían tanto alarde, se hubieran retirado a la vida privada, es seguro que se les hubiera dejado tranquilos. Pero, en lugar de eso, se apresuraron a ir a los departamentos para sublevarlos, y no vacilaron en ponerse de acuerdo con los curas y los realistas contra la Revolución por su empeño en no abandonar la partida.

Entonces, y solamente entonces, en julio de 1793, la Convención depurada puso fuera de la ley aquellos insurgentes.

